

EL MEDIARRISA

EL EXTRANJERO preguntó por el comisario de la compañía, se cuadró, le tendió sus papeles y recitó:

—Fulano de Tal, voluntario polonés, a sus órdenes.

Nos llamó la atención tanta solemnidad. Eramos un ejército improvisado y no nos tomábamos muy en serio. El cabo Ysern le miró con gesto zumbón, le entregó un máuser y le señaló una tronera, junto a la mía. Había calma en el frente. Nos pusimos a charlar y pronto éramos amigos. Cuando murió a los pocos días le amortajamos entre Ysern y yo. Le recuerdo con simpatía.

El hombre tenía paralizada la mitad del rostro y el cabo Ysern, que no acertaba a pronunciar su nombre, prefirió llamarle "El Mediarrisa". Reía efectivamente con sólo la mitad de la boca y causaba extrañeza verle hacer gestos.

Por chocante que resulte tal deformación en un compañero, uno finge no notar nada. Pero el cabo Ysern no llevaba gafas ni tenía educación burguesa.

Días más tarde, mientras comíamos los tres de la misma lata de conservas, le preguntó con naturalidad:

—Oye, polonés, ¿qué te ha pasado con la media cara?

—Es de una paliza que me dieron.

—¿La bofia?

—La bofia.

—¿En tu tierra?

—Sí, en Polonia.

—La madre que los parió—, comentó Ysern. —A mí me saltaron estos dientes en la Brigada Social, en el 34.—Apartó el labio y mostró un hueco en la dentadura.

—No sé cómo era vuestra policía, —dijo el polaco.— Pero he hablado con muchos camaradas de otros países y parece que en Polonia es donde más pegan.

—¿Ha sido recientemente?

—No, en el 24.

—Hace doce años,— calculó Ysern. Pero entonces serías un chaval.

—Poco más o menos: tenía dieciséis años.

Mientras tanto se había formado un corrillo alrededor nuestro. Wenceslao Moles, el bromista sevillano, rió:

—Así que en tu tierra la parálisis infantil se sirve en las comisarías . . .

Pero el polaco estaba excitado por el recuerdo, con ganas de hablar y no le hizo caso:

—Fué por un atentado. Mataron a un provocador, un confidente de la policía. Cogieron al que disparó, le montaron un juicio sumarísimo y le fusilaron a las 72 horas, como era de rigor. Pero la policía se volvió loca. Quería más culpables. Empezaron los arrestos en masa. Yo estaba en casa de mis padres, pasando las vacaciones, a más de quinientos kilómetros de distancia, absolutamente ignorante de todo. Pero me detuvieron lo mismo, por la noche, y enseguida comenzaron a interrogarme. Un comisario y varios agentes.

—No tenían ninguna prueba contra mí. No podían tenerla. Pero se empeñaron en hacerme confesar mi participación en el atentado. Me decían las cosas más absurdas. Por lo visto hacían lo mismo con todo el mundo. A ver quien picaba.

Todo esto duró horas. Yo era muy muchacho y estaba asustado. Era la primera vez que me detenían. Decía no y no a todo. Decía la verdad. No tenía otra defensa.

Me tenían muy cansado, pero también yo a ellos. Ya de madrugada cambiaron de música. El comisario me tendió una declaración escrita y dijo sin más explicaciones que yo tenía que firmarla para quedar libre.

Iba a leerla pero él no me dejó. Dijo que se trataba sólo de una formalidad, que había perdido ya demasiado tiempo conmigo, que yo era muy terco y que era muy malo ser tan terco, que su paciencia tenía límites, que yo tuviera cuidado con lo que hacía, que firmara la declaración y podía irme a casa y así seguidamente.

Hablaba muchísimo, sin interrupción, como para marearme y no dejarme pensar. Pero yo no iba a firmar nada sin leerlo. No tenía ninguna experiencia, pero tampoco era tan niño como para creer que tantos policías se daban tanto trabajo por una mera formalidad. Dije que quería leer la declaración. Que sin leerla no la firmaría.

Entonces me dió una bofetada y me tumbó al suelo. En ese momento perdí toda mi dignidad y me eché a llorar. El se hizo el arrepentido y me largó un discurso. Dijo que él ya me había advertido que le haría perder la paciencia con mi

testadurez. ¿Qué si yo no comprendía que él tenía una tarea que cumplir? Una tarea sagrada. Defender la integridad nacional, la independencia de Polonia. Que Polonia era un baluarte de la cristiandad y que los niños extraviados, como yo, que jugábamos a la revolución bajo la instigación del Anticristo, hacíamos peligrar las instituciones, la fe, la patria, todo lo bueno. Y dale otra vez con que reconozca mis errores, que le ayude en la tarea, que, como estudiante y persona culta, debería darme cuenta, que firme, que no le exaspere . . . En fin, todo eso.

Figuraos un discurso así en boca de un policía. Me dió asco. Sentí tal desprecio por él que ya no me asustaba otro puñetazo. Le grité: —Pero, ¿qué errores quiere que reconozca? ¿Qué quiere que firme?

El tipo debía estar muy cansado ya porque, sin decir palabra, tendió la declaración a un agente y éste me la leyó en voz alta.

Yo la entendí a medias, pero lo suficiente. No era nada grave. Confesaba pertenecer al partido y otras cosas menores. Pero, lo mismo que antes, eran cargos falsos. Yo no pertenecía a ningún partido. Tenía amigos revolucionarios y eso era todo lo que podían saber de mí. Tenía mis simpatías pero no me decidía por nada. Era todavía hijo de mi papá, cursaba el bachillerato y mi educación era más bien burguesa y hasta religiosa. Es verdad que no era católico pero tampoco era conspirador. Toda la situación me pareció una pesadilla. ¿Cómo podían exigirme a mí, un estudiante inocente, que confesase delitos falsos para meterme en la cárcel y hacerme perder el curso? Era algo irreal. Veía al comisario, a los agentes, el suelo sucio, la escupidera y la declaración sin firmar. Estaba lloroso, no comprendía nada, pero por nada iba a firmar la declaración. Se lo dije así.

Entonces el comisario suspiró con resignación, como quien se da por vencido. Me sentí triunfador cuando dos agentes me agarraron de los brazos. Quería dormir, dormir, dormir, aunque fuera en un calabozo.

Me metieron al despacho por una puerta que daba al pasillo. Ahora me sacaban por otra. Lo noté al transpasarla pero me daba lo mismo. Fué lo último que ví, porque al cerrarse la puerta me encontré a obscuras y en seguida comenzaron a pegarme. Eran unos golpes como adoquinazos.

Nunca hubiera imaginado que los puños pudieran ser tan tremendamente fuertes y tan infatigables. Todo eso sucedía a oscuras para que no pudiera identificar después a ninguno de los matones. Recordé lo que había oído de ello. Pero no tenía tiempo para pensar más. Me sentía como en un matadero, descuartizado por una maquinaria imposible de detener. Era horroroso cómo pegaban. Tenía en la boca un sabor metálico, oía mis propios aullidos y el jadear de los agentes. No tenía ni pizca de fuerza. Creo que caí en seguida y ellos continuaron castigándome a patadas. Todo se me hizo muy confuso y perdí el conocimiento.

Desperté en el suelo de cemento, todo mojado de orina y del agua que me echaron encima, cubierto de barro y tiritando. Me castañeteaban los dientes y no pude apretarlos. La sangre me chorreaba de la nariz pero no tuve fuerzas para tapármela con un pañuelo. Me llevaron al despacho y firmé la declaración. Un agente me sostenía la pluma entre los dedos y me guiaba la mano. Después comparó la firma con la de mi carnet. Todo el tiempo sentía la sangre corriéndome por la barbilla y mojándome la camisa y el traje. Algunas horas antes entré allí como un gallito, asustado, pero sabiendo mis derechos y dispuesto a defenderlos. Ahora era como un cerdo colgado en la carnicería. No tenía ni voluntad ni propósito alguno. Hice todo lo que quisieron.

—¿Fué esa la paliza que te dejó lisiado?— preguntó Moles.

—Sí. La parálisis me vino después, en la cárcel. No pudieron probarme nada en el proceso, mi padre movió influencias y me soltaron. En seguida ingresé en el partido. Se rió con la media cara: —después de todo no firmé en falso. Y ahora estoy con vosotros. Franco también se dice el baluarte de la cristiandad.

—El parapeto de las hostias— dijo Moles. —Ya empiezan.

Caían granadas alrededor y el tren blindado saltaba sobre los rieles. Sacamos los máusers por las troneras a la espera de un ataque. Nuestro cañoncito de la torre disparaba ya. De vez en cuando sonaba un silbido de los proyectiles antitanques que pasaban de largo. Uno dió de lleno y mató a cuatro hombres apostados en las troneras altas. Entre ellos al "Mediarrisa". Estuvo pocos días con nosotros. Dejé buen recuerdo.